

celona que sufrió antes ocho meses de riguroso asedio y una porcion de parciales asaltos.

Entonces Ludovico Pio, aliado de los catalanes, instituyó la *Marca hispánica* compuesta de los Pirineos Orientales en una y otra de sus verticales, y formando un *Condado* con relativa dependencia de Francia; pero á mediados del siglo IX aquellos valientes montañeses, cuyo indómito valor no habia nacido para inclinarse ante el yugo extranjero, se alzaron contra los francos y compraron con su sangre generosa la tan deseada independencia por la cual llevaban cerca de siglo y medio de noble, heroica y no interrumpida lucha.

CAPITULO XIV

Reyes de Leon.—Grandes triunfos de los cristianos.—Gloriosas batallas de Simancas y Talavera.—Heróica defensa de Zamora.

Heredado el trono asturiano por Alfonso III, inauguró éste su reinado apoderándose de Coria y Salamanca; y acometiendo despues con irresistible furia á los Wálies de la frontera, en varios combates todos á cual más gloriosos para las armas cristianas, les inutilizó toda la caballería y les hizo una horrible matanza (Año 868).

A los tres años, deseando el previsor Alfonso evitar á todo trance que el valor de los cristianos se malgastase en luchas intestinas que tanto habian dificultado, y podian dificultar aún, la salvadora obra de la Recon-

quista, dió una noble prueba de su generoso patriotismo reconociendo á García Garcés como soberano independiente del reino de Navarra.

Corrieron los tiempos y al llegar el año 873 el temerario Emir Almondhir, á quien devoraba el impaciente deseo de vengar sus anteriores desastres, reunió un fuerte y escogido ejército á cuyo frente penetró en el territorio leonés; pero bien pronto las tranquilas aguas del caudaloso Cea, que riega los floridos campos de Sahagun, enrojecieron sus límpidas corrientes con la sangre en abundancia vertida por los caballeros musulimes de Córdoba, Sevilla, Mérida y Toledo.

Tres años más tarde toma el valiente Alfonso la ofensiva y rechaza victoriosamente á sus contrarios, empujándolos hasta los límites meridionales de la Lusitania. En su triunfante marcha pobló de cristianos á Coimbra, Oporto, Vico, Lamego y otras importantes poblaciones hasta entonces ocupadas por los sarracenos; incorporando además á su en extremo floreciente reino las de Zamora, Toro,

Simancas y algunas otras bañadas por el Pisuerga y el Duero.

Tras la sensible cuanto sangrienta derrota sufrida en Aybar por los cristianos de Afranc el año 883, vino la tregua que el Emir Adallah solicitó de Alfonso y éste le concedió; pero ella no fué suficiente á dominar el ardiente fanatismo del general moro Abul-Kassin que la rompió. Este guerrero cuya impaciente fiebre por luchar con los cristianos le enloquecía hasta el extremo de olvidar sus propios deberes de acatamiento á superiores órdenes, reunió un ejército de 60,000 hombres, escogidos entre una muchedumbre feroz y allegadiza, sedienta de sangre y hambrienta de riquezas cristianas. Al frente de estas poderosas falanges, ávidas de lucha y exterminio, penetró el moro con devastadora furia en los dominios de Alfonso: arrollando cuanto á su paso se oponía llegó á colocar sus reales delante de los muros de Zamora; pero entonces el rey cristiano, escandalizado al ver tanta osadía y furioso como un león, corre al combate, y al librar éste se hartó de sangre y de matanza y escarmentó duramente al atrevido moro. (Año 901).

Nueve años más tarde, ciñendo una corona de inmarcesible gloria bajaba á la tumba este valiente monarca que en sus treinta felicísimas expediciones habia ensanchado considerablemente los límites de su reino é inundado de sangre sarracena los feraces campos que fueron mudos testigos de sus inmortales triunfos.

A la muerte de Alfonso, el desmedido afán de absoluto mando predominante en sus tres hijos mayores, García, Ordoño y Fruela, dió lugar á la antipatriótica division de su reino en tres; tomando el primero el de Leon, el segundo el de Galicia, y el Señorío de Asturias el tercero.

A pesar de esta separacion, altamente im-política y en aquellos críticos momentos su-mamente perjudicial á la unidad de pensa-miento y de accion que se necesitaba para batir á los feroces enemigos de la patria y de la cristiandad, el nuevo rey de Leon, apénas coronado, midió sus armas con el moro en los campos de Talavera donde alcanzó una señaladísima victoria.

En 914 falleció García, y al abarcar su her-mano Ordoño las dos coronas quedó feliz-mente unificado por segunda vez el reino que solo el torpe sentimiento de la ambicion per-sonal habia momentáneamente dividido. Des-de entonces se conoce en la historia con el nombre de reino de Leon, cuya capital conti-nuó siendo la ciudad de este nombre.

Deseando Ordoño continuar con ventaja la reconquistadora obra bajo tan favorables aus-picios iniciada por sus heróicos antecesores, devastó el territorio de Mérida, se corrió por la comarca de Castilla conocida bajo el nom-bre de *campos de los godos*, y aunque en 918 vióse obligado á levantar el cerco de Ta-lavera, ante la aproximacion de Abderrah-man III con un ejército de 80,000 comba-tientes, al siguiente año alcanzó sobre este mismo ejército árabe en San Esteban de Gormaz una victoria tan completa que, segun testimonio de un acreditado cronista, muy pocos sarracenos quedaron para contar el fa-tal desastre sufrido allí por ellos.

Tres años más tarde, unido á García de

Navarra, libró el rey de Leon en Val-de-Junquera, entre Pamplona y Estella, una sangrienta batalla, en la cual despues de correr á torrentes la sangre de los cristianos, mezclada con la de los árabes, y de realizarse por unos y otros notables prodigios de valor héroe, tuvieron al fin los primeros que ceder á la superioridad numérica de los segundos. El navarro tomó con usura en los desfiladeros del Roncal la revancha de aquella enorme pérdida; mientras que Ordoño, rehecho al amparo de sus Estados, organizó en 923 una nueva expedición que salvando las fronteras y marchando de victoria en victoria, atravesó el territorio árabe con una audacia tal que, segun asegura el obispo Sampiro, condujo á los defensores de la fé católica hasta una jornada de Córdoba.

En el mes de Enero del año 924 falleció este incansable campeón de la patria y del catolicismo, siendo su cadáver el primero que halló sepultura en la suntuosa catedral de Leon.

Sin ningun interés para la patria los cortos reinados de Fruela II y Alfonso IV, apelli-

dado *el Monje* porque el año 930 se retiró á un convento despues de abdicar la corona en su hermano Ramiro II, pasaremos á extractar los hechos más culminantes del reinado de éste.

Apenas Ramiro vió consolidado su trono, al principio combatido por una guerra civil que el nuevo monarca sofocó en muy breve término, se internó en el territorio árabe, y en el corto espacio de dos años alcanzó la conquista de Madrid, batió en las márgenes del Duero á los musulmanes aragoneses, y con la victoria sobre ellos obtenida obligó al gobernador de Zaragoza á que se le hiciese su tributario.

Al siguiente año, esto es, en 933, corre en auxilio del conde de Castilla Fernan Conzalez, que se hallaba fuertemente asediado por las numerosas y aguerridas huestes de Al-mudhaffar, y atacando á estas en las cercanías de Osuna, logran los cristianos un nuevo é importante triunfo, causan al enemigo innumerables pérdidas, y le cojen algunos miles de prisioneros.

Nuevas y afortunadas correrías aumentan

prodigiosamente la merecida fama del aguerido monarca leonés. Desesperado entonces el Emir proclama *la guerra santa*;—á este supremo llamamiento acude toda la España musulmana, formando un numerosísimo ejército á cuyo frente se pusieron el mismo rey Abderrahman y el Príncipe Almudhaffar.

Corria el mes de Abril del año 938 cuando el fuerte y denodado ejército, cuyo objetivo eran las dilatadas llanuras de Salamanca, pasaba sin resistencia el Duero, haciendo en el floreciente suelo que pisaba *los estragos de las tempestades* (dice la crónica) y llegando hasta circunvalar la codiciada plaza de Zamora. Cuando las operaciones del sitio iban ya muy adelantadas, supo el Emir que Ramiro se acercaba para combatirle; y dejando entonces solo 20,000 hombres para continuar el emprendido asedio de Zamora, marchó con las demas tropas al encuentro de los cristianos. Allá cerca de Simancas, en la florida region que marca la confluencia del Pisuerga y del Duero, se encontraron ambos ejércitos, y despues de dos dias empleados en los preparativos del combate se libró allí mismo la más

sangrienta é importante batalla que desde Guadalete hasta entonces habia tenido lugar entre moros y cristianos.

Los esforzados sarracenos pelearon, como siempre, con un entusiasmo y un valor dignos de mejor causa. Abderrahman, Almudhaffar y Aben Almed, confundiéndose con sus soldados, realizaron notables y heróicas hazañas haciendo frecuente y poderoso alarde de un valor personal que rayaba en temeridad. Los fanáticos árabes morian matando; pero todo en vano: "no habia fuerza humana (dice la misma crónica árabe) que pudiera resistir al admirable esfuerzo del Rey Radmir (Ramiro) con sus caballos armados de hierro que rompian y atropellaban cuanto se les ponía delante."

Cuando las sombras de la noche obligando á suspender el encarnizado combate, vinieron á echar su negro manto sobre el fúnebre espectáculo representado en aquelextenso campo sembrado de cadáveres y despojos, ya la brillante aureola de la gloria iluminaba el tostado rostro de los defensorés de la fé católica.

En aquel ensangrentado campo, entre impacientes dudas y temores, pasaron la noche moros y cristianos, descansando los vivos sobre los amontonados muertos. Aguardaban con febril impaciencia los cristianos la llegada del crepúsculo matutino que había de alumbrar el último acto de aquel sangriento drama cuyo desenlace era el mas señalado triunfo para ellos; pero los destrozados restos del ejército sarraceno no se atrevieron á arrostrar de nuevo los terribles embates de la caballería cristiana, cuyo justo temor les obligó á retirarse precipitadamente á Zamora, dejando en el campo sus cadáveres, sus riquezas y gran número de prisioneros y armas.

En el glásis de las fortificaciones de Zamora se renovó el combate el memorable día 5 de Agosto de 939; y aunque los pocos defensores con que la plaza contaba lucharon con inimitable arrojo y causaron á los sitiadores tantas víctimas, que con sus mismos cadáveres rellenaron los fosos para el asalto de la fortaleza, allí, sucumbiendo ante el excesivo número de sus contrarios, murieron como

buenos todos aquellos dignos sucesores de los héroes de Numancia.

Cayó al fin aquella infortunada plaza en poder del sarraceno; pero cuando esto tuvo lugar ya no había dentro del recinto trazado por los derruidos muros, ni uno solo de sus heroicos defensores.

Al saber Ramiro esta catástrofe marchó sobre la vencida plaza, que muy en breve logró rescatar de sus verdugos, poniendo á estos en precipitada fuga.

La resplandeciente corona de gloria que adornaba la frente de Ramiro perdió uno de sus mejores diamantes con la sorpresa sufrida en San Esteban de Gormaz la cual le ocasionó muy sensibles pérdidas; pero despues de una tregua empleada en fundar y repoblar varias ciudades de Castilla y de Leon, llegó el año 949 en que tuvo lugar la sangrienta batalla de Talavera donde murieron 12,000 moros y se afianzó sobre bases sólidas el triunfo de las armas cristianas.

El 5 de Enero del siguiente año el esforzado Ramiro, coronado de laureles y bendecido por sus pueblos y por la cristiandad

entera que admiraba su heróico valor y altas virtudes cívicas, bajaba á la tumba dejando en la historia paginas tan imperecederas que nunca desaparecerán del dorado libro de la fama.

CAPITULO XV

Reinos de Sobrarbe y de Navarra.—Condados de Castilla, Aragon y Barcelona.

El rey de Sobrarbe García I Jimenez resistió en 858 con singular valor aunque con desgracia, una fuerte incursión musulmana acaudillada por el feroz Muza, quien saqueó varias importantes ciudades de aquel reino; pero aliado García con el asturiano Ordoño I supo tomar venganza de tales hechos derrotando al engreido árabe, á quien ambos aliados arrebataron la importante plaza de Abelda.

Su sobrino y sucesor García II, aliado á su vez con Alfonso III, logró en 867 señaladas victorias sobre los árabes, de cuyo poder rescató á su hijo Fortuño, quien á su

muerte, acaecida en 886, le reemplazó en el trono.

Fortuño II es el último de los soberanos de Sobrarbe mencionados por las crónicas; pues al abdicar este la corona en su hermano Sancho García (Año 905) ya su reino aparece refundido en el de Navarra, considerablemente aumentado por la incorporación del condado aragonés, verificada á la muerte del conde Fortun Jimenez, por virtud del casamiento de la hija y heredera de éste Doña Urraca con el soberano de aquel Estado García II.

Las dos poderosas piedras angulares que por entonces servian de base á la penosa reconstrucción del suntuoso edificio de la patria, eran los reinos de Leon y de Navarra; pues aunque los condados de Barcelona y de Castilla, gracias al potente esfuerzo de sus denodados habitantes, contribuian poderosamente á la salvadora obra de la Reconquista, rechazando victoriosamente las agresiones musulmanas y ensanchando de dia en dia los limites de sus respectivos territorios, la relativa independencia en que vivian no era cier-

tamente la más favorable para la rápida coronación del edificio en cuyo levantamiento trabajaba con inquebrantable fé y con inimitable ardor toda la España cristiana. Si los esfuerzos de todos los defensores de la patria y de la religion hubiesen obedecido á una sola voz, como obedecian á un solo pensamiento, bien puede asegurarse que la titánica lucha que por espacio de ocho siglos inundó de sangre nuestros campos, apenas hubiera contado algunos lustros de existencia. La miserable ambicion de unos pocos sacrificó el patriotismo de la gran masa del pueblo cristiano, quien por tan largo espacio de tiempo vióse obligado á sufrir el cruel azote de la desastrosa guerra que en el sacrosanto altar de la patria inmoló tantos milhares de inocentes víctimas.

Continuando nuestra penosa narracion sin entrar en apreciaciones que de los mismos hechos se desprenden, cumple á nuestro deber manifestar que Sancho García, apellidado *Abarca*, conquistó á *Nágera* y *Tudela* extendiendo su territorio hasta los limites de Aragon. En la defensa de Pamplona destro-



zó completamente á los árabes; y aunque, unido con el rey de Leon, sufrió el lamentable desastre de Val-de-Junquera, bien pronto supo vengarlo en la señalada victoria obtenida en el Roncal, con la que salvó su reino, fuertemente amenazado por las destructoras huestes del valiente Abderrahman III.

Sancho II García, apellidado el *temblon* á consecuencia de la enfermedad nerviosa que padecía, sucedió á su padre en el trono de Navarra, (Año 970); y aliado con el conde de Castilla García Fernandez, luchó con varia fortuna contra los musulmanes; sin que lograrse evitar, no obstante sus poderosos esfuerzos, que la importante capital de su reino (Pamplona) cayese en poder del bravo moro Almanzor, quien por entonces amenazaba con pujante brío inutilizar por completo la obra de los denodados cristianos.

Fallecido este monarca el año 999, ocupó el trono su hijo Sancho III García, quien por la gran extension que dió á sus dominios y los altos hechos que en más de treinta años de glorioso mando realizara, mereció el epí-

teto de *El Grande y el Mayor*, con que lá Historia le designa.

En este reinado tuvo lugar la sangrienta y gloriosísima batalla de *Calatañazor*, librada contra los moros por las huestes de Navarra y las del condado de Castilla, unidas á las de Leon; de cuyo notable hecho de armas hablaremos al tratar de la monarquía leonesa, en aquella época poderoso centro de operaciones militares contra los árabes.

Por esta misma época se verificó tambien la incorporacion del condado de Castilla al floreciente reino de Navarra.

Lamentables disensiones de familia, originadas por la ciega ambicion de mando, dieron lugar á que la gloria de Sancho *El Mayor* perdiese gran parte de su brillo, sacrificando á sus soldados en una estéril y antipatriótica lucha civil sostenida con el rey de Leon; y estas mismas causas motivaron en la época del fallecimiento de aquel soberano (Año 1035) la completa desmembracion de su reinado, dividido por sus hijos en cuatro partes, completamente independientes entre sí.

Esta fatal separacion fué altamente perjudicial á las armas cristianas, que desde entonces más se esgrimieron en horribles contiendas intestinas, las cuales no quisiéramos ver registradas en los ensangrentados anales de nuestra heroica Historia nacional, que combatiendo contra el enemigo comun de la patria y de la religion.

Los raudales de sangre inútilmente vertida durante aquella larga série de fratricidas luchas, no dejaban á los estenuados ejércitos cristianos fuerzas ni tiempo suficientes á continuar sosteniendo la guerra contra los infieles, á quienes unicamente el soberano del reducido reino de Navarra, Sancho IV, causó algunas derrotas durante su glorioso reinado que floreció desde el año 1054 hasta el 1076. En esta última fecha fué este valiente monarca villana y traidoramente asesinado por un su hermano bastardo que le arrojó desde la cumbre del monte Peñalen. Con él pereció la independencian de Navarra, cuyo reino quedó, en su mayor parte, incorporado al de Aragon.

Unidos Aragon y Navarra bajo el cetro

de Sancho Ramirez, desde el año 1080 al 1089 consiguió este monarca una larga y no interrumpida série de notables triunfos sobre los moros de Zaragoza y Huesca, á quienes tomó importantes poblaciones, hasta que en el sitio de la ciudad últimamente nombrada murió de un flechazo.

Su hijo Pedro I heredó la corona y mantuvo el asedio de Huesca hasta que despues de haber derrotado nuevamente á los reyes árabes de Zaragoza, Lérida, Tortosa y Dénia unidos, se apoderó en 1096 de aquella importante plaza, en la cual estableció la capital del doble reino de Aragon y Navarra.

Despues se internó hácia Zaragoza, y en 1101 conquistó á Barbastro, que habia vuelto á caer en poder de los musulmanes.

A los tres años de este último hecho falleció Pedro I dejando su reino, considerablemente aumentado á su hermano *El Batallador*, cuyos gloriosos hechos merecen le consagremos más adelante un capitulo aparte.

Mientras tanto el condado de Barcelona, regido por la familia Berenguer, habia realizado en 1090 la gloriosa conquista de Tar-

ragona y en 1148 y 49 habíase apoderado de Tortosa, Fraga y Lérida, arrancando además á los moros una no pequeña parte de sus dominios en Aragon.

!Cuánta sangre habian costado estas conquistas! ¡Qué de proezas se realizaron en ellas!

XVI

Reinos de Castilla y de Leon.—Horrible decadencia de la monarquía cristiana.—Nuevas luchas.—Nuevos triunfos.—Victoria de Calatañazor.—Almanzor.—El Gid.—Sangrientas victorias hasta la famosa batalla de Alarcos.

Ordoño III ocupó en 950 el trono de su heroico padre, viéndose obligado á reprimir enérgicamente una fuerte conspiracion de su hermano Sancho, rey de Navarra y de su suegro el conde de Castilla Fernan Gonzalez, confabulados para arrancarle la corona. Despues de deshacer esta maquiavélica conjuracion se internó en Portugal, y en 954 llegó hasta apoderarse de Lisboa.

Reconciliado despues con su citado suegro, batieron juntos al poderoso Abderrahman III que habia invadido la Castilla y que despues de vencido por los aliados cristianos, vióse obligado á ajustar paces con el monarca leonés.